

## HOMENAJE A MUERTOS Y PRESOS

Hace dos años que me puse en contacto con los socialistas españoles residentes en México, en la sesión inaugural del Círculo Pablo Iglesias, que hoy figura, con la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, el Grupo Parlamentario Socialista y la Unión General de Trabajadores, como organizador de este acto. Largo ha sido el periodo de silencio. Cierto que durante él he sido objeto de frecuentes requerimientos para hablarlos; siempre los rehusé. Esta vez, a decir verdad, y escrutando mi ánimo, no sé explicarme aún la debilidad que me hizo ceder ante la invitación cariñosa de significados correligionarios y queridos amigos. En los dos años, ya cumplidos, hemos registrado en nuestras filas bajas tan dolorosas como las de Julián Besteiro, Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido. Suele ser costumbre en estas evocaciones, costumbre que nació de la otra Gran Guerra, pedir un minuto de silencio para los desaparecidos. No lo voy a solicitar yo. Creo que basta la pausa que la emoción pone en mis palabras para rendir con vosotros homenaje a nuestros mártires. **(Prolongada ovación.)** Claro es que escogemos sus nombres como nombres señeros, porque no son sólo ellos los hombres abnegados y virtuosos que nos han sido arrebatados. Los tomo por símbolo que sirva de recuerdo para todos los caídos. Y sería egoísmo execrable que el recuerdo emocionado quedara, por afanes partidistas, encuadrado dentro del marco de nuestras Organizaciones. Envolvemos en él a todos cuantos cayeron: republicanos, comunistas, anarquistas, liberales, amantes de España. Y al evocar el recuerdo de los muertos queremos también que palpite nuestra voz confiándola a las ondas hertzianas para que, si fuere posible, llegue hasta las rejas de las cárceles y hasta las empalizadas de los campos de concentración. Sean nuestros presos que el corazón de los socialistas refugiados en México late al unísono con el de ellos. **(Aplausos.)**

La primera pregunta que me hice cuando los comisionados de las entidades citadas vinieron a requerirme para participar en este acto, fué la siguiente: "¿Qué podré yo decir en tan memorable jornada?" Otras veces, mi verbo, inflamado por mi temperamento, ha valido para enardecer a las multitudes; y otras lo utilicé para interpretar el criterio, el parecer, la opinión del auditorio, lo cual suele ser misión preferentemente desempeñada por los oradores. Ni una ni otra cosa quiero hacer hoy. Empiezo por confesaros que mi ánimo no está predisposto a la perorata ni a la soflama, y que en las confusiones producidas por la derrota —fenómeno perfectamente explicable—, no me siento con fuerzas para interpretar criterios ajenos. Voy, simplemente, a interpretar mi propia opinión, mi propio parecer.

Desligo de toda responsabilidad por cuanto yo diga a los organismos que han preparado este acto y a quienes advertí previamente de cuál sería mi actitud al ocupar la tribuna. Lo que voy a decir, pues, representa opiniones puramente personales, que no pretendo sirvan de lema a ninguna bandera; tampoco quiero que detrás de ellas se vea el menor afán de proselitismo. Vengo simplemente a descargar mi conciencia en alta voz y ante vosotros como muchas veces, unas encontrándome dominado por la irritación y otras avasallado por el dolor, la descarga en silencio y a solas ante mí mismo. Solicito de vosotros atención a la que creo tener derecho, porque os voy a exponer los frutos de mi propia experiencia, de la experiencia de un socialista ya muy veterano, veteranía que no alcanza más mérito que el de haberme afiliado al Partido apenas asomado a la pubertad. Son cuarenta y tres años los que llevo militando bajo la bandera del Partido Socialista. Y ésa, y otras circunstancias de las que luego hablaré, me dan derecho a exponer las observaciones recogidas a lo largo de tan dilatada vida política; experiencias de la realidad, del contacto diario con la vida, del choque constante con los hombres. Si alguno de vosotros quisiera tener la exigencia de que, con brillantez o con defectos, hiciera yo una síntesis de teorías, rechazaría la reclamación, porque —os lo digo sin jactancia, pero también sin humillación—, no soy hombre de libros, soy hombre de la calle, y por eso traigo aquí el

eco de la calle. Tal va a ser la lección —conscientemente uso el vocablo— que pretendo daros esta tarde.

### FASES DEL EGOISMO HUMANO

Permitidme —en lo que haya de egolatría me acojo a vuestra benevolente dispensa— que dibuje una estampa por la cual se vea cómo me puse, por primera vez, en relación con las luchas sociales. Perteneía yo en Oviedo a una familia de clase media que, por desventuras que no son del caso, se vió lanzada de aquella tranquila ciudad que “Clarín” lamó vetusta, hasta la Bilbao que por entonces empezaba a transformarse en gran urbe. Llegué a Bilbao en enero de 1891. Aún recuerdo —recuerdo evocado antes de ahora— el dolor que me produjeron los arcos voltaicos de la luz eléctrica hasta entonces desconocida para mí. Mis ojos enfermos repelían aquella intensísima luminosidad. La familia, con restos, que todavía no eran harapos, de sus vestimentas de clase media, fué a radicar al barrio más intensamente obrero de la villa. Alguna vez contaré lo que son las entrañas de un barrio obrero en una urbe industrial en formación. El 31 de mayo de 1891, cumplidos recientemente mis ocho años —recuerdo la jornada en todos sus detalles—, después de desfilar la cabalgata cascabelera del circo con la banda de música, los “clowns”, los gimnastas, las “écuyéres” y, presidiendo el cortejo, el aeronauta, que era entonces ídolo de las multitudes, a poco de apagarse los ecos de la música jubilosa, estalló en el barrio la tragedia. Celebrábase en el Teatro Romea, después Casa del Pueblo, un mitin con motivo de un pequeño paro de panaderos. Todavía Bilbao permanecía agitado por la gran huelga de 1890, huelga de mineros, la primera gran huelga en España, la huelga que resolvió justicieramente con un bando el entonces capitán general de las Provincias Vascongadas, general Loma, marqués de Oria, suprimiendo militarmente los barracones y las cantinas obligatorios, zahurdas miserables donde los obreros de las minas se veían forzados a albergarse, y sucias cantinas donde se les sometía a una alimentación antihigiénica, pues hacia los montes de Triano iban los garbanzos con gorgojo, el tocino agusanado y las alubias podridas. ¡Ah!, pero este es un detalle que formará parte de la urdimbre de mi oración. Aquella huelga de 1890 no había sido de-